CAPITULO II

La máquina infernal.

Gringalet había leído gran cantidad de novelas criminales, y por ellas conocía los innumerables y horribles peligros que París oculta bajo el risueño manto de sus fiestas.

Pero la distribución de un elixir funesto, destinado quizá á diezmar la población, hecha á las once de la noche en plena calle de Sevigné, traspasaba todos los límites.

Para convencerle de que no era presa de una pesadilla, fué preciso un hecho material.

En el momento en que Lina descorchaba la botella, á fin de llenar los pomos de que iban provistos sus compañeros, un aroma tan vivo y penetrante se esparció en la atmósfera, que los tres malhechores, á pesar de lo habituados que debían estar á aquel olor, estornudaron á coro.

Gringalet estuvo á punto de imitarlos; pero se contuvo temeroso de delatar su presencia.

A pesar de su juventud, no le faltaba perspicacia, y lejos de dejarse abatir por la posición precaria que ocupaba entre la grupa y la cola del ca-

ballo, se dedicó á ordenar en su memoria los detalles de aquella escena inconcebible, á fin de revelarlos al doctor Fondant, que era su bienhechor y su padrino.

Con efecto, el ujier de la plaza de los Vosgos, del que tenía la desgracia de ser hijo ilegítimo, le había abandonado en su más tierna infancia á los cuidados de la diosa casualidad.

No somos aficionados á las digresiones, pero es preciso que declaremos que un hombre como es debido, no debe jamás desprenderse del fruto de sus deslices, sobre todo, cuando se ocupa una posición oficial, por modesta que ésta sea.

Pero sigamos nuestra narración.

Messa y Salí habían presentado á su compañero unos frascos de metal argelino que llevaban sujetos al cuello con una cadena de reloj.

Lina llenó los pomos y dijo con terrible ironía:

—Ahí tenéis lo bastante para adornar nuestros subterráneos.

—¡Silencio!—exclamó Messa, que parecía tener sobre los otros una autoridad moral—. Tenemos una posición agradable en casa del señor duque. No la perdamos por pueriles imprudencias. Muchos oídos nos espían y muchos ojos nos observan. Tenemos con nosotros todos los agentes del poder y todas las hechuras del doctor Fondant: el Organillero, el Afilador y, sobre todo, Mustafá,

que oculta bajo la profesión de cochero de alquiler, un nacimiento feudal y una educación de primer orden. Tenemos á Mandina de Hachecor, que se ha trocado en mujer culpable para espiarnos. Con este único fin ha aceptado el amor de un simple gendarme. La multiplicidad de nuestros enemigos pide mayor circunspección por nuestra parte. El señor duque no es muy estimado en su barrio. Tú, Carapace, ¿sabes cómo se llama esa morada próxima? Se la conoce con el nombre de casa de la Justicia. Tú, Arbol seco, pasas por haber sido mal guillotinado. Yo he perdido con el apodo de Boulet-Rouge toda la consideración de que estaban rodeados mis abuelos. Seamos mudos como piedras y no arriesguemos nuestro bienestar por el simple placer de hacer frases.

Como toda la gente de pelo en pecho, el célebre Boulet-Rouge, el hombre del parche, tenía sus aforismos y hablaba con facilidad. Sus compañeros, menos letrados, se dejaban subyugar por los encantos de su locuacidad.

Gringalet, por el contrario, en interés de su bienhechor el doctor Fondant, era todo oídos, y seguía clasificando en su todavía tierno cerebro los datos que adquiría.

El verdadero nombre de Messa era Boulet-Rouge; Lina se llamaba Carapace, y Salí, Arbol seco.

Este último decía tener en el cuello señales de haber sido guillotinado, y los tres poseían un elixir feroz y trabajaban para un matadero humano desconocido de todos.

Ayer, Gringalet, no era más que un hijo natural que vendía la lista de la lotería y abría la puerta de los coches de alquiler á la entrada de los teatros y bailes públicos. Hoy, el conocimiento de aquellos secretos, le daba la experiencia de muchos lustros.

Sin darse cucnta de ello se sentía agradecido á aquel puesto que no dejaba de ofrecer ciertos inconvenientes.

Aquella naturaleza inculta, pero abnegada y generosa, prefería su molesto observatorio á un lecho de rosas, donde no habría podido ser útil á nadie.

Ahora podría poner término á aquellos setenta y tres crímenes cotidianos que desolaban á la Francia entera.

Estos caracteres se van haciendo raros.

Los tres ratas del impace de Guemensí, tenían sus razones para hablar con toda seguridad en el arroyo de la calle de Sevigné.

Además del carruaje que los aislaba por completo, sobre el tejado de la casa de la Justicia, un activo centinela velaba por ellos, pronto á señalarlos todo peligro disparando un cohete.

Aquel centinela era Tancredo, conocido por el Murciélago y antiguo niño de coro de San Eustaquio, despedido por irregularidades cometidas en el cepillo de las ánimas.

Era sobrino de Dinah, Cabeza de Oro, concubina de Arbol seco.

No es preciso exponer ciertos detalles, en apariencia indiferentes, para hacer comprensible la catástrofe verdaderamente extraordinaria que es objeto del presente capítulo.

A las once y trece minutos Madina de Hachecor, el Escarabajo de Charenton-le-Pont, como le llamaba Brissac, su gendarme y su esclavo, abrió con precaución la puerta del modesto tugurio que albergaba su talento y su belleza.

No era posible verla sin amarla. Vestida con su galante *deshabillé* nocturno, y teniendo en su mano su botella de aguardiente, estaba encantadora.

Con paso seguro subió dos tramos de la escalera, y una vez en lo alto, asomó su hermosa cabeza por un tragaluz para llamar con dulcísima voz á Tancredo, conocido por el Murciélago.

Este velaba. Tenía como de costumbre sed, y no tardó en reconocer la armoniosa voz que ya le había llamado más de una vez para ofrecerle peñascaró ó anisete, porque hay que tener en cuenta que Mandina pertenecía por entero al

doctor Fondant y no retrocedía ante sacrificio alguno por servir los intereses de aquel hombre notable.

Tancredo se acercó, vió á Mandina que le ofrecía una ancha copa de aguardiente, y ésta, usando de las inocentes seducciones de su sexo, le arrastró hasta su estancia, en la que le encerró con doble llave cuidando de echar los cerrojos y de asegurar la puerta con una triple barra de hierro.

Mientras esto pasaba, Messa, Salí y Lina quedaban sin centinela. La seguridad con que creían contar se trocaba en quimera.

Mandina tenía sus proyectos.

Ocultó sus cabellos en su sombrero de paja, se quitó el miriñaque y se puso sobre la propia una nariz postiza.

Disfrazada de ese modo bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones.

En la puerta, le pareció estar todavía poco desconocida; colocó, por exceso de precaución, sobre la falsa nariz unas gafas verdes, propiedad de un joven escritor que comenzaba á hacerse célebre.

Salvada la puerta de la casa de la Justicia, Mandina de Hachecor se deslizó por la acera y pasó como ligera racha de viento por detrás de los tres ratas que seguían conversando.

Boulet-Rouge, que tenía mirada de águila, la

vió, pero engañado por su disfraz, la tomó por una persona cualquiera.

Pocos son los que tienen conocimiento de

aquella gran lucha entre el duque Rudelaine-Cartagena y el doctor Fondant.

Las autoridades han tendido un discreto velo sobre sus horrendos crímenes á fin de no asustar á los touristas que hacen la fortuna de París.

Lo mismo que los tres ratas del impace de Guemansí estaban al servicio del duque, otras tres hermosas y robustas naturalezas reunidas en la acera opuesta trabajaban por Fondant.

Eran Polux el Organillero, Cástor el Afilador y Mustafá el cochero de punto.

Todos tres habían adoptado como disfraz el vestido de las gentes del pueblo.

Notad esto: En otro tiempo la gente del pueblo se disfrazaba de grandes señores para dar sus golpes de mano; hoy, desde que la novela dispone del doble fondo de París, las personas de calidad se cubren de harapos para penetrar en los subterráneos en que palpita el crimen.

Es un cambio de trajes que no carece de novedad.

Mandina se arrancó con rápida mano las narices postizas y los anteojos y se arregló un poco su sombrero de paja. Ya no la faltaba más que el miriñaque para ser ella misma.

—¡París!—dijo temiendo no ser reconocida.

—¡Palmira!—respondieron los tres buenos corazones.

La señorita de Hachecor les preguntó con energía:

—¿Estáis lo bastante convencidos de que soy Mandina, la hija del gran jefe de los Ances, el Escarabajo de Charentor-le-Pont por otro nombre?

—Sí—respondió Mustafá—. Tienes nuestra confianza. Habla.

Y se permitió una galante sonrisa, estilo Regencia. Su debilidad era amar á las damas. Sin tal defecto, hubiera sido perfecto.

Mandina le rechazó con dignidad, diciendo:

—He examinado el cielo con cuidado. Un resplandor extraño ha aparecido hacia la parte del castillo de Mauruse, donde se ha deslizado mi infancia.

Polux, Cástor y Mustafá se miraron sin estremecerse.

—¡Que Dios proteja al Hijo de la Condenada!—murmuraron á coro aquellas tres hermosas naturalezas.

Y se estrecharon las manos de un modo particular.

Mandina, conteniendo su emoción, tomó una actitud seductora.

—Esos carruajes gigantescos—prosiguió señalando al vehículo de MM. Lisage y Compañía—son propios para ocultar todos los crímenes.

—¿Tiene acaso animales peligrosos?—preguntó vivamente Mustafá.